

ELINA GARANCA, mezzosoprano

LA PERFECTA simbiosis entre una espléndida voz y su memorable presencia escénica han convertido a Elina Garanca (Riga, 1976) en una de las grandes divas de la actualidad. Idolatrada por igual en el Met neoyorkino, las Óperas de Londres, Zurich y París o en el Festival de Salzburgo, por citar algunas de las citas referenciales que llenan su agenda, la mezzosoprano de Letonia casada con el director gibraltareño Karel Mark Chichon, comparte residencia entre su ciudad natal y Benalmádena, donde hace poco más de un año nació su hija Catherine Louise

JUAN ANTONIO LLORENTE

«El romanticismo es esencial a la hora de salir a un escenario»

Una prueba más de su amor por España, que Garanca refleja en la defensa de la Zarzuela, como demostró en su disco Habanera, o por haber elegido entre sus caballos de batalla la "Carmen", que en junio volverá a defender en Viena.

Su debilidad por el repertorio español, y nuestro "género chico" en particular, ¿tiene que ver con que los orígenes de su marido, a un paso de Andalucía?

—Mi descubrimiento de la Zarzuela viene de muy atrás. Desde mi infancia, cuando se la escuchaba cantar a mi madre, que además de ser muy aficionada a esta música, fue mi primera profesora de canto y que aún continúa controlando el estado de mi voz. Fue por ella por quien me empecé a interesar por el repertorio zarzuelístico.

—En la revista Opera News dicen que usted es "ánimicamente una gitana."

—Y creo que lo soy (una carcajada), porque en mi mundo interno me siento libre. Esa es en parte una de las razones para haber elegido vivir en España. Porque adoro la sencillez de su gente y su modo de disfrutar de la vida. Especialmente en el Sur, que es lo que más cono-

co. Incluso en una situación política y sobre todo económica como la que está atravesando toda Europa, y por supuesto España, en verano no dejan de ir a la Feria o a disfrutar en la playa. A la una de la madrugada, después de cenar, los matrimonios salen a pasear por las calles con sus niños y a reunirse con los amigos como una gran familia. Eso no lo encuentras en ninguna otra parte del mundo. Ese sentido de la libertad a su vez tan liberador, concediéndole valor a la propia vida, es lo que me fascina. Saben disfrutar lo poco que poseen, sin obsesionarse por tener no sé qué o no sé cuántos: un coche más grande, una casa mejor... Y eso es algo de valor incalculable.

—Ese amor por España, ¿es un fenómeno aislado o es algo que comparte con mucha gente de los antiguos estados de la URSS? No falta quien relacione el carácter español y el ruso.

—Cuando veo el modo en que la gente se relacio-





na entre sí en España a la hora de comunicarse, no veo ningún tipo de similitud entre un español y un ruso de hoy. Pero también es cierto que en el lugar en que nací, aunque siempre se ha considerado muy ruso, hay muchas diferencias con ellos. Porque en Letonia se ha sentido siempre el influjo de los estados vecinos. Pensemos que Riga ha estado influida en lo espiritual, por ejemplo, por un arzobispo alemán, por lo que es fácil entender que hoy nos consideramos mucho más alemanes que ninguna otra cosa. Nuestra literatura, y nuestra cultura en general está impregnada de la cultura germánica. Y al tiempo también es verdad que somos muy distintos a los alemanes.

No sé si es fácil transmitir esa sensación en unas palabras. Otra cosa

es que, si tienes un gran temperamento y puedes llegar a comprender esos matices, por pequeños que sean, que diferencian el carácter de un español y el de un italiano, puedes llegar a tener éxito en el repertorio español.

—¿Está contenta con su maternidad?

—Muy contenta, y me gusta llevar a la niña siempre conmigo. Aunque a veces no puedo hacerlo, como me ocurrió este verano en Salzburgo, donde estuve tan ocu-

«Mi descubrimiento de la Zarzuela viene de muy atrás. Desde mi infancia, cuando se la escuchaba cantar a mi madre»

pada con viajes, ensayos y actuaciones que me habrían dejado sin tiempo para dedicárselo a ella.

—¿Le canta la Nana de Falla al acostarla?

—(Riendo). No puedo. En cuanto me escucha, no es capaz de dormirse. Abre los ojos, sonrío y se queda mirándome como si quisiera decirme algo. A veces le leo cuentos, le hablo, y puedo percibir que, en ese aspecto, también ella empieza ya a ser muy independiente. No necesita estar siempre rodeada de gente.

—¿Qué piensa del mundo en el que la ha colocado?

—Creo que es muy emocionante. No le gusta estar en el mismo lugar por mucho tiempo; le apetece cambiar. Se ha acostumbrado ya a viajar en aviones, trenes, autobu-



ses, taxis, en nuestro coche... El tipo de vida que le podemos dar no se puede comparar con el de los otros niños que vemos en España, que van creciendo juntos. A la niña le gusta observar todo lo que pasa a su alrededor. Quiere aprender, reconoce a las personas, y le gusta estar en continuo movimiento.

–Me estaba refiriendo a la sociedad en la que ha caído, con tantos problemas sociales y económicos...

–Todavía es muy pequeña para darse cuenta. Nosotros aspiramos a darle todo lo mejor para ella. Mi educación fue muy estricta hasta que cumplí los quince años. Y es la que pretendo transmitir a mi hija, haciéndole ver que las cosas no caen del cielo: que sus padres hacen bien las cosas; que tiene una casa bonita.... Que aunque no se vea obligada a trabajar 18 horas al día, conozca la importancia del trabajo. Quiero transmitirle valores como los que aprendí de mis padres en cuanto a

trabajar y amar el trabajo, y a descansar cuando llegue el momento.

–Con una madre cantante y un padre director de orquesta, se diría predestinada a la música...

–Eso parece, si pienso que cuando la llevamos en el coche, basta con que pongamos música clásica para que se quede tranquila durante horas y horas. Es impresionante. Cuando oye una voz cantando, deja lo que esté haciendo para escuchar. En cierto modo es natural que se comporte así, puesto que empezó a familiarizarse con la música desde que la llevaba en mi seno. Si apuesta por esa vía, claro que contará con nuestro apoyo. Mis padres no tuvieron tantas facilidades conmigo. En su caso, todo fue mucho más difícil, dado el momento que me tocó vivir. En lo que a nuestra hija respecta, si le da por aprender a tocar el piano o por cantar; si se compromete con sus decisiones, allí estaremos para ayudarla.

–Otra prueba de su españolidad: No ha tardado en incorporar a su repertorio “la Carmen de Bizet”, que debutó en Caracalla.

–Si... bueno, no. La primera de verdad fue en Riga, porque me parecía conveniente antes de presentarme en un espacio tan grande en Roma, comprobar si encajaba bien en el personaje.

–¿Cómo funcionó la experiencia romana?

–Estoy muy satisfecha con los resultados de aquella Carmen. Es verdad que Caracalla es un lugar muy especial, al aire libre, que obliga a cantar llevando micrófonos inalámbricos ocultos. A pesar de todo, fue muy bonito ver el impacto que producía en toda aquella gente que conocía esa ópera tan bien. Me gustó la reacción tan positiva de una audiencia que sabía cómo tenía que hacerse hasta en los menores detalles: hasta los aspectos más controvertidos de la producción. Esa experiencia me sirvió para darme confianza a la hora de

presentarme posteriormente en un teatro de ópera convencional, tan importante como el Covent Garden, donde la canté en la recuperación de un conocido montaje de Francesca Zambello. Ahora bien, aunque después de la de Londres vinieron otras, incluida la que hice en Valencia dirigida por Zubin Mehta, desde mi percepción, “la Carmen” más importante de las que he hecho si tenemos en cuenta el eco obtenido fue sin duda la del Metropolitan, en una producción de Richard Eyre, que canté con Roberto Alagna. Puedo decir que me siento muy orgullosa de aquella Carmen, porque conseguimos algo muy especial.

—¿Quiere decir que ya ha adoptado un papel para el futuro?

—Creo que es muy lógico que lo mantenga entre los míos. Y por qué no. Pero también es verdad que si tengo que volver a cantar la misma producción en el MET dentro de cuatro años, pensando en aquella mágica experiencia por todo lo que me rodeó, me veré obligada a luchar conmigo misma, para demostrar que continúo haciéndolo tan bien como años atrás, sin importar si mi voz ha cambiado, si soy más mayor, si estoy más gorda o más delgada. Lo importante es probarte a ti misma una vez más, entendiéndolo como un nuevo reto.

—Incluso superando el color de su pelo. Una Carmen rubia...

—Pero no pasa nada. Para encajar en esos clichés del público, te pones una peluca, y ya está. Porque a fin de cuentas, no todas las mujeres españolas son morenas. Lo he podido comprobar en mis visitas a San Sebastián, o a Coruña. En esos lugares te cruzas por la calle con mucha gente rubia. Y no es sólo en Estados Unidos: en toda Europa se suele relacionar Andalucía y el Sur de España con gente menuda, de pelo negro y rizado, aunque no sea verdad. Siendo así, daría lo mismo plantearse el hecho

de que Carmen fuese una española del Norte o en el Sur. La primera Carmen que me fascinó fue la que interpretaba Julia Migenes con Plácido Domingo en la película de Rossi. En ese momento me daba lo mismo el hecho de que fuese negra o no, porque lo que nunca iba a pretender es parecerme a ella, puesto que siempre ha querido ser yo misma. Lo que me cautivaba era su intensidad interpretativa, su idea de la libertad o de la sensualidad.

—A pesar de estar defendiendo el repertorio de mezzo, sus agudos llevan a algunos a ver en usted una soprano. ¿Qué responde cuando se lo dicen?

—Que no puedo encasillar mi carrera como quien mete un objeto en una caja. Estoy en contra de la idea de etiquetar ciertas voces desde el primer momento ¿Qué supone ser mozartiana o pucciniana? Pienso sobre todo en algunas de las cantantes más jóvenes. ¡Como si se limitasen a interpretar a esos compositores!. Cantar bien Rossini no tiene por qué impedir que hagas Verdi igualmente bien. Para mí, es importante moverte con seguridad en múltiples territorios. Probando distintos estilos, músicas y siglos, es el único modo de demostrarte a ti misma cuál es tu personalidad y a qué tipo de retos te puedes enfrentar. Por esta vía llegué por ejemplo a la conclusión de que el papel que mejor se adaptaba a mis cualidades en Don Giovanni era Donna Elvira, no Zerlina que, aunque en ocasiones lo interpretan mezzos, no encaja con mi personalidad. Además, tengo mucho cuidado con los resultados en cuanto a la presencia escénica. A partir de esas consideraciones, cuando me

«Mi educación fue muy estricta. Es la que pretendo dar a mi hija, haciéndole ver que las cosas no caen del cielo»

ofrecieron cantar esa ópera de Mozart, estaba claro en qué papel iba a funcionar mejor.

—Es evidente la importancia que le concede al aspecto teatral...

—Porque es básica para mí. Cuando sale a escena para interpretar por primera vez un papel, especialmente si el público no le conoce, hasta que no despliega su voz, la presencia del cantante es el único elemento de juicio, algo que no ocurre si se trata de alguien familiar para la audiencia. Cuando digo esto, pienso en la reacción de alguien que se encuentra ante sí una Carmen nórdica, como sucedió cuando debuté ese personaje. A mí eso me importa mucho, convencida de la fuerza con que están arraigados ciertos clichés. El público que va a una representación de Tosca espera encontrarse en la escena una grande-dame, del mismo modo que no se imaginaría ver aparecer una princesa Aida morena o sin el pelo negro. Incluso prescindiendo del punto de vista histórico, a un hombre menudo, que puede funcionar bien como Spoleta en la misma Tosca, es difícil asumirlo como Otello. No se podrían crear el personaje ni aun teniendo la voz adecuada para hacerlo.

—Su nuevo disco para Deutsche Grammophon lo ha titulado Romantique. ¿Se considera romántica?

—Yo diría que sí. Aunque hay quien, tal vez por mi aspecto físico, lo puede poner en duda, en realidad lo soy. Cuando mi marido me envía flores sin ninguna razón aparente, pueden llegar a saltáreme las lágrimas por la increíble emoción que me asalta en ese momento. O cuando paseo mirando la luna llena o una estrella cayendo. Todas estas cosas despiertan en mí esos sentimientos románticos que no quiero perder en este contexto de mundo moderno, porque pienso que el romanticismo es absolutamente esencial a la hora de salir a un escenario. ●